

La humildad y el imprescindible reconocimiento de las propias limitaciones

Los estudiosos de la condición humana dicen que las sociedades van tan mal porque ya no hay hombres humildes y seguramente tienen razón.

La humildad y el imprescindible reconocimiento de las propias limitaciones ahorrarían muchos disgustos propios de aquellos que se creen por encima de su rango intelectual y asumen empresas y ejecutan providencias para las que en absoluto están preparados y para las que no sirven ni tienen conocimiento. Solo labia, osadía y fachada.

Y si en el pasado existía en el ámbito social esa conciencia que permitía depositar en las manos de los más idóneos las cuestiones capitales, en el presente cualquier individuo se cree en posesión de la verdad y se tiene por suficiente para tomar decisiones sin escuchar los consejos de los que sí saben y pueden proporcionar las claves suficientes para no cometer errores.

El pensamiento cristiano insiste en la necesidad de practicar la humildad como virtud de indiscutible valor para alcanzar la gloria, pero la teoría es una cosa y la práctica otra y de hecho es muy probable que existan ciudadanos probablemente muy virtuosos en otros aspectos, a los que, sin embargo, les puede la soberbia y les condiciona para hacer las cosas bien y conforme a todos, como le pasa, por ejemplo, a una buena parte de la clase política de cualquier condición y militancia.

Tenemos nuestro destino depositado en las manos de gentes inasequibles al consejo y fiadas de sí mismas y de sus propios esquemas que apenas se avienen a reconocer sus propios errores.

Así nos luce el pelo.

Jesús Domingo Martínez